

laFuga

Los testigos

Téchiné y las estaciones

Por Eduardo Nabal Aragón

<div>

Los testigos es la última apuesta de uno de los grandes autores del cine francés contemporáneo. El otrora epígonos de la *nouvelle vague*, recuperado para el público y la crítica gracias al éxito internacional filmes como **Los juncos salvajes**, **Ma saison préférée** o **Les voleurs**, se atreve con un tema difícil: el surgimiento de la pandemia del SIDA en la Francia de los primeros años ochenta.

Dividida en tres episodios y estaciones del año: Verano (Inocencia), Invierno (Guerra) Verano (Regreso de la Paz), **Les témoins** está caracterizada por el pulso narrativo de Téchiné, el uso del movimiento y la humanidad de la que dota a sus siempre desconcertantes, desconcertados y contradictorios personajes.

Emmanuel Beart, Michel Blanc nombres consolidados del cine francés del momento y nuevas caras se dan cita en una historia coral en tres actos en la que los protagonistas se enfrentan a varias pérdidas: la de Manu (Johan Libéreau) un joven gay -caído por la enfermedad- y la de su propia inocencia. Ya no pueden limitarse a ser espectadores, el drama íntimo se convierte en una explosión de rabia colectiva. De nuevo el racismo, el mestizaje cultural, la juventud, la sexualidad como fuerza coral y la naturaleza se dan cita en **Los témoins** como ya lo hicieron en **Alice et Martin** o incluso en la menos lograda **Otros tiempos**.

Téchiné conserva su juventud y soltura narrativa y sus constantes visuales: los cuerpos, el agua, la tensión de los espacios, el dolor de la pérdida, el descubrimiento del otro y la música (Phillipe Sarde) como un eterno contrapunto del silencio. El propio realizador ha señalado no existen "el bien" o "el mal" absolutos en su historia pero era necesario incluir la presencia de dos fuerzas ominosas que se han impuesto recientemente en nuestras sociedades ante realidades como el SIDA, el paro o la inmigración: "la medicina" y "los dispositivos policiales". Así, el tono luminoso y el hedonismo de su primera parte contrastan con la invasión de la crispación, el silencio o la violencia hasta un final luminoso donde el director nos deja, de nuevo, un rayo de esperanza. "Les témoins" es la prueba de la vitalidad de un realizador que se ha adentrado en las constantes más difíciles del cine y la sociedad francesa en la que vivimos antes de nombres tan importantes como Patrice Chereau y François Ozon.

Un filme inabordable, discutible, pero lleno de intensidad, donde es difícil no sentir el dolor y el desgarro, la herida y la cura, al tiempo que nos encandila la desarmante humanidad de la que el autor de "Mi estación preferida" dota a sus criaturas. De nuevo los personajes hablan de sí mismos y de sus circunstancias en un universo donde todavía es difícil mostrarse con autenticidad y donde las barreras sociales, sexuales y raciales siguen vigentes. **Los testigos** es un filme a la vez terrible y luminoso, sensual y sangrante, vital y dolorido, una invitación a la reflexión íntima desde unas vidas que no nunca detienen. Como esa novela inacabada que escribe Sarah (Emmanuel Beart) intentando dar sentido a las vidas de unos seres que no pueden explicarse a sí mismos.

</div>

Como citar: Nabal, E. (2008). Los testigos, *laFuga*, 6. [Fecha de consulta: 2026-01-28] Disponible en:
<http://2016.lafuga.cl/los-testigos/121>